

HISTORICIDAD Y TRASCENDENCIA EN TEMPORADA DE ÁNGELES DE LISANDRO OTERO

Carmen Marcelo Pérez

-1-

A partir de la década del setenta del pasado siglo, Latinoamérica vio crecer con mucha fuerza la novelística histórica constituyéndose en una de las tendencias principales dentro del género narrativo. Dicho auge estuvo asociado al nacimiento de una conciencia histórica posmoderna que, tanto en Europa como en América, puso en tela de juicio los conceptos defendidos por la modernidad sobre la historia. La interpretación de la historia y, sobre todo, la de los metarrelatos vinculados con el concepto de progreso social, cede su lugar a un historicismo de nueva estirpe, contrario al teleologismo triunfalista del movimiento ascendente de la sociedad.

Así como la conciencia de la modernidad germinó el nacimiento de la novela histórica, la de la posmodernidad promoverá su renovación poética en consonancia con la lógica cultural de los nuevos tiempos, demostrándose una vez más que la novelística histórica florece en momentos de grandes giros de la Historia como ya lo había expresado Georg Luckáč en su antológico ensayo sobre la novela histórica.

La nueva novela histórica latinoamericana participa también del cuestionamiento y debate sobre la Historia, tanto de su condición disciplinar como de sus tradicionales interpretaciones en torno al pasado, convirtiéndose, así en una novelística de conciencia histórica y, quizás primeramente, de conciencia historiográfica, expresada tanto por medio de la metadiscursividad directa como por el sentido que emana de la interpretación del texto. Así, desde la especificidad poética de la literatura; polisémica, dialógica, metafórica y ficcional, la nueva novela histórica conforma aciertos y elabora propuestas de alto valor artístico por medio de un discurso que relee y reescribe la historia.

La fuerza de esta tendencia representada de manera inusitada por jóvenes y consagrados escritores, estaba fecundada a su vez por la vocación historicista de la novela en este Continente, la que hizo decir a varios pensadores y críticos que hablar de novela histórica en América era hablar de toda su novelística. La cantidad y la calidad se aliaron ahora para disfrute de los lectores, quienes encontraron en esta producción narrativa una sorprendente visión del (su) pasado.

A la tradición literaria y concepción de la historia del momento se añadiría otro factor muy influyente para comprender e interpretar este resurgir del género en Latinoamérica: la celebración del medio milenio del descubrimiento del Nuevo Mundo. Dicho acontecimiento, comenzado a prepararse desde la década del ochenta del pasado siglo, originó buena parte de las obras históricas tenidas hoy como genuinos portentos en esta tipología. “A mi juicio -dice Seymour Menton (1993:48)- el factor más importante en estimular la creación y la publicación de tantas novelas históricas en los tres últimos lustros ha sido la aproximación del quinto centenario del descubrimiento de América”.

Celebrar con dignidad se convirtió para muchos en cuestionar críticamente la dimensión real del denominado Descubrimiento desde una perspectiva que impugnaba también las realidades presentes. El más sintomático gesto de esa actitud crítica lo constituyó la nueva manera con que comenzó a ser designado; encuentro entre dos mundos, encontronazo y otros apelativos que tomaban en consideración a América en el acontecimiento cultural. Desde esta postura y ampliando la temática al reto de los períodos históricos americanos, los escritores de América Latina rindieron tributo a su pasado con una novelística que pronto se haría sentir como una de las vertientes más importantes de las últimas décadas del pasado siglo XX la cual mantiene todavía su fuerza y esplendor.

En Cuba, el nuevo discurso ficcional histórico tuvo entre sus fundadores a paradigmáticas figuras como lo fueron Alejo Carpentier y Antonio Benítez Rojo quienes al decir de Fernando Aínsa representan, entre otros, la tendencia crítica de la nueva novela histórica en este Continente. Junto a ellos coloca también al cubano Lisandro Otero con *Temporada de ángeles* (1983) quien con destaque y originalidad se incorpora a este concierto escritural.

Una de las características más sobresaliente de esta novela es la manera en que el pasado y el presente se asocian. Esa conjugación temporal que denomino como el binomio de historicidad y trascendencia, y que muchas novelas históricas exhiben con maestría, es el aspecto que me conducirá en el examen crítico de Temporada...

-2-

Historicidad y trascendencia

Cuando hablamos de historicidad estamos asistiendo a un concepto que en la teoría narratológica designa al segundo nivel de la temporalidad, pero se sabe también que el tiempo pasado de la novela histórica se carga de acontecimientos, situaciones y personajes reconocidos, generalmente, por lo que la Historia y, sobre todo, la Historiografía, ha considerados como históricos. Así, la historicidad hace referencia a un tiempo histórico que, en buena medida, la Historiografía ha hecho suyo, y que la creación poética retoma desde su condición ficcional.

La historicidad se vincula, también, a la individualidad humana, o sea, a lo que la historia denomina como el factor subjetivo en los procesos objetivos, algo que la novelística histórica maneja con singular acierto por la forma individual y subjetiva que trata el tránsito del individuo en los procesos sociales. La manera en que los hombres viven la historia es asumida por la novelística histórica de una forma creativa y anticonvencional aportando, así, nuevas cualidades a la subjetividad histórica. Los estudios históricos contemporáneos, cada vez más necesitados de la vida cotidiana de los pueblos para diversificar y completar su objeto de estudio, pueden encontrar en la historicidad de la novelística una forma peculiar y original de desenvolverse los procesos objetivos en la historia.

Este género, a través de la actuación y pensamiento de los personajes, se apropiá de la vida de los hombres en determinadas épocas, incluyendo, a las grandes personalidades de la historia, y esta apropiación, generalmente, está asociada con las grandes agonías y contradicciones que padecen los sujetos cuando deciden vivir la historia de manera consciente.

Muchos de los novelistas históricos latinoamericanos han entendido la historia como sucesión temporal de situaciones y acontecimientos y problema del hombre al propio tiempo. Alejo

Carpentier es uno de los más grandes paradigmas en esta dirección, su obra acusa esa referida dialéctica de lo objetivo y subjetivo en adecuada correspondencia, otorgándole así a la historia una dimensión humanista altamente valorada por críticos literarios e historiadores. Pero otros escritores cubanos, como lo fue el novelista y ensayista Lisandro Otero, lo sigue con acierto y distinción.

El estudio de la historicidad en la novelística histórica, entonces, pasa por esa concepción amplia que incluye la valoración de la ficción histórica en sus direcciones políticas, sociales, económicas, ideológicas, culturales y humanas.

La trascendencia

La novelística histórica puede otorgarle contenido trascendente a problemas que nacieron o se desarrollaron en particulares períodos históricos. En tales casos, el tratamiento de la historicidad abordada puede orientarse en una dirección prospectiva y significarse como metáfora de acusada actualidad y futuridad, en la que se pueden advertir los signos constitutivos de la época del escritor y la del lector. La novela histórica, entonces, genera un interés doble relacionado con la plasmación de un mundo pasado y con otro de relevante actualidad en el que se pueden leer muchos de los problemas de nuestro tiempo.

Nada tan rico en matices para valorar y apreciar fenómenos de todas las épocas como el hombre en revolución, el caudillismo, la dictadura y el fanatismo, entre otros, que las novelas *El siglo de las luces*, del cubano Alejo Carpentier; *Lope de Aguirre, príncipe de la libertad*” del venezolano de Miguel Otero Silva y *La guerra del fin del mundo* del peruano Mario Vargas Llosa, entre otras, toda vez que dan universalidad a problemas y fenómenos desde situaciones históricas precisas de bien demarcados límites temporales.

El sentido de actualidad y trascendencia de la obra puede revertirse en un serio y activo ejercicio de lectura en el cual el receptor no solamente capta los signos de “un haber sido”, sino el de un “siendo”, convirtiéndose así la obra en fuente referencial para la comprensión de un tiempo pasado y presente a la vez. La novela histórica obedece al imperativo de explicar la actualidad y el futuro a través del pasado convenciéndonos de que no todo lo contemporáneo tiene que ser actual. Actualidad e historicidad no son contrarios excluyentes en este sub-género, gracias a que en él se sintetiza la encrucijada del hombre histórico y el genérico.

Cuando se habla de trascendencia en este ensayo, nos referimos a la que puede proyectar la historicidad de la obra y no a la que emana de sus dimensiones universales desde todos los aspectos poéticos, aunque las consideraciones de naturaleza artística estén, también, en el análisis de la trascendencia histórica.

Las buenas novelas históricas saben conjugar con afinado acierto la historicidad y la trascendencia; reconstruyen, recrean y crean artísticamente el pasado con los saberes propios de la historia para, desde los mismos, tratar asuntos que competen a la actualidad del escritor y del receptor; el pasado entonces no es mera escenografía o marco donde se ejecuta la representación actual, aunque puede suceder esto también, sino enrevesado tejido, que al tiempo que nos introduce en otros espacios y temporalidades, nos permite releer el presente.

En ocasiones, esta tipología enmascara el verdadero sentir de un novelista, cuya finalidad primordial con su obra ha sido hablar de su presente. Y ello, unido a la búsqueda y plasmación de las recurrentes regularidades históricas manifestadas en diferentes períodos sociales de la

humanidad, como lo hiciera también, Alejo Carpentier en *El siglo de las luces* (1962), fue lo ocurrido con *Temporada de ángeles*.

-3-

Otero aprovecha sus funciones de agregado cultural del gobierno cubano en Inglaterra para estudiar con tesón La Revolución Inglesa y convertirla en marco referencial de su novela *Temporada de ángeles* (1983). Acontecimiento similar, pero en Francia, había sido asumido por Alejo Carpentier en *El siglo de las luces* dos décadas atrás; cabría entonces preguntarse qué nuevas cualidades le dan a *Temporada...* su originalidad novelesca si otro cubano de talla mayor al autor de *La Situación* había tratado el tema con excelente acierto.

Aún poetizando el mismo asunto, y sirviéndose, ambos, de la historicidad para crear un ícono metafórico de la Revolución, ambos escritores difieren en su tratamiento, aunque las marcas carpenterianas son ostensibles en Otero. Carpentier, se interesa por la Revolución Francesa en sus proyecciones hacia el Nuevo Mundo, concretamente en las colonias francesas de ultramar, las cuales, como el novelista expresa en su obra, estuvieron al margen de los esenciales cambios producidos en la metrópolis. La vocación latinoamericana de Carpentier, expresada en toda su obra anterior, justifica ese propósito contrastivo entre el allá (viejo mundo europeo) y el acá (nuevo mundo americano). Y Otero, que había demostrado una vocación histórica en sus novelas, se sirve de la oportunidad que le brinda la historia de la Revolución y su estancia en Londres, para hablar de su presente vinculado a la realidad socio-política cubana. Así, desde una historicidad precisa, nos remite a su contemporaneidad, haciendo converger la historicidad y la trascendencia.

A pesar de esa intención narrativa en la que el pasado actúa como metáfora de actualidad, el pasado no es mero telón de fondo carente de espesor historiográfico; hay en el tratamiento de La Revolución Inglesa, una acuciosa investigación documental consecuente con las características que definen al género novelesco histórico.

La historicidad no se advierte tan solo en la imagen de la revolución, sino en sus antecedentes relacionados con la situación revolucionaria que se va conformando para dar paso al estallido revolucionario, y es así que muestra, en un fresco histórico de significativa historicidad, las luchas parlamentarias antimonárquicas, la preponderancia paulatina del Parlamento y el descrédito del poder real frente a la clase burguesa. Otero, concentrado en determinados y determinantes momentos históricos a los cuales designa con fechas que subtitulan los diferentes capítulos iniciales, recrea el acelerado deterioro del monarca y la nobleza real provocando en los lectores la captación de desmoralización y derrumbe que envolvía a esta monarquía. En esta cualidad se asienta una de las diferencias de esta obra con la de Carpentier, pues Otero, junto a la aprehensión y recreación de la revolución como tal, se detiene en los momentos que la preceden y aceleran.

Al mismo tiempo, indaga y penetra en la psicología del rey en los precisos instantes en que camina por una cuerda floja, y de esta forma, contribuye a conformar el sentido humanista de la historia que caracteriza a toda buena novela histórica. Para ello, el autor acude a preguntas retóricas, un método recurrente suyo, que en boca del personaje histórico tratan de alcanzar respuestas sobre los males que lo llevaron hasta esa penosa y humillante situación de no poder gobernar dentro de su propio gobierno y dominio; ¿Dónde comienza a equivocarse un hombre; cuál es ese primer error que precipita una sucesión de yerros y desatinos? (Lisandro, Otero: 1983; p.98) se interroga obstinado el monarca, tratando en su confusión de alcanzar al menos una explicación racional a la experiencia que vive.

Esta lógica enunciativa de preguntas y respuestas que tratan de hallar explicaciones plausibles, obedece a un principio de composición del autor que a su vez se vincula con la manera en que interpreta la historia. Para Otero, todo acto social está interrelacionado con otros, y tal concepción en torno a los procesos sociales, dialéctica, por demás, haya correlato en su manera de componer.

Así como el rey busca respuestas relativas al principio de la hecatombe que vive, Otero con su novela relata algunas de las causas que hicieron posible que la burguesía tomara directamente las riendas del gobierno. Para esto expone variados episodios de la vida cortesana, entre los que se hayan festines, paseos, viajes, consistorios, etc. como hitos explicativos del ocaso del poderío y autoridad política real. Y es que el novelista, así como lo hiciera anteriormente *En ciudad semejante* (1970), prefiere narrar una sucesión de acontecimientos sociales, que a la vez que le sirven como elementos informativos, expresan las anteriormente mencionadas relaciones causales.

La trama de la novela avanza con esa estrategia en la que se reconoce primero la llegada de las ideas liberales con Juan Lilburne, después las frivolidades cortesanas y el proceso revolucionario en sí; desde sus luchas contra el Rey en el Parlamento hasta la guerra civil, para finalizar con las nuevas luchas parlamentarias, la ejecución del monarca y la de ciertos exponentes radicales dentro del proceso.

Otero narra con detenimiento las más importantes reuniones parlamentarias donde se produce y exhibe la maduración del liberalismo. Su relato nos conduce hasta la plasmación de las conquistas de este órgano, algunas tan atrevidas en aquel entonces como lo fue La gran Amonestación (acusación al poder real por sus sostenidos e ilimitados privilegios) y el derecho a aprobar antes que el rey la designación de los ministros y consejeros reales. La actividad política parlamentaria después de larga inmovilidad, es mostrada por el novelista también en aras de recrear la fructífera y contradictoria lucha de ideas caracterizadoras de ese tiempo de cambio y de temporada de ángeles, pues al lado de las ideas racionales y libertarias andaban las religiosas y sectarias.

La historicidad de la novela corresponde a un dominio pleno del autor sobre este género narrativo que pasa por el exhaustivo examen de los documentos historiográficos y por la forma pormenorizada en que son incluidos y recreados en la ficción novelesca. La obra exhibe así un saber enciclopédico sobre la década del cuarenta del siglo XVII inglés, propio de una previa, vigorosa y responsable indagación, que al ser llevada a la novela causó no pocas dificultades a Otero. El mismo escritor expresa que para evitar el tono ensayístico histórico en que a veces caía debido a su prolífica información sobre el tema, tuvo que deshacer con frecuencia algunos capítulos y fragmentos (Víctor, Rodríguez Núñez: 1984; cita3).

Verity Smith en su análisis crítico de la novela dice que “Aunque una lectura de *Temporada de ángeles* muestra que la copiosa documentación de Lisandro Otero incluye historia militar de la época; un conocimiento detallado del rey Carlos y su corte, y muchos aspectos más de la historia británica de esta época, no cabe duda que su enfoque y otros datos determinados vienen de Hill” (Verity Smith: 2002; 257).

Smith añade más adelante que los trabajos de Christopher Hill, por su enfoque social, abrieron nuevas perspectivas para los historiadores de la época, y que su época más productiva fue en la década del setenta del siglo XX, coincidiendo con la estancia de Otero en Londres.

Con el mismo dominio demostrado por Otero en la recreación de las luchas parlamentarias, procede para narrar La Causa; la guerra civil. La composición de las milicias, el rol de los aprendices artesanos en ella, las tácticas de luchas, las armas utilizadas, las principales batallas, la creación del Ejército Modelo, el papel de los niveladores y cavadores dentro del mismo, los intentos de negociación con el rey, la devastación económica, la aparición y preponderancia de Oliverio Cromwell, las intrigas políticas, los horrores de la guerra, la desmoralización de la causa en la posguerra, el bandolerismo y otros males adyacentes, serán asumidos por el autor con un estilo en el cual no solamente se denota la investigación historiográfica que lo precede sino la habilidad narrativa en los tintes descriptivos y expositivos fundidos con gracia y equilibrio para ofrecer una imagen sólida y colorida. Si el discurso extraliterario expositivo es usado para darnos las reflexiones en torno a la historia y otros asuntos tratados por el narrador, las descripciones pictóricas, cinematográficas y topográficas, son empleadas con el afán de pintarnos con verosímiles tonos, la guerra en su desmesurada crueldad.

La historicidad de la novela viene acompañada de otros contextos culturales e ideológicos, siguiendo con este método el estilo de la novela de contextos de Alejo Carpentier. Otero se introduce en los más diversos referentes desde la relación nominal de los principales jefes de la guerra, las armas utilizadas, hasta los colegios londinenses de la etapa con sus principales patrocinadores y sistemas educativos, sin dejar de mencionar por sus mismos apelativos las tabernas más populares de la época. Un diverso y profundo saber del autor se expone sin petulancia informativa en el texto, que también incluye relaciones intertextuales cuando relata las lecturas y los libros más divulgados por esos años.

Su cultura sobre la corte y el ambiente palaciego es proverbial. Con demostrada habilidad cuenta la vida cortesana con sus gustos literarios y pictóricos, galanterías, extravagancias y desmesuras, y el conocimiento sobre la familia real es también asombroso, a él asistimos con deleite pues en no pocas ocasiones lo muestra con afinada gracia y humor.

Es el teatro el contexto cultural más socorrido, múltiples referencias a él aparecen en la novela, y el tema es acompañado por las citas de autores y de fragmentos de obras teatrales famosas de la época. En el cotejo que hace Verity Smith de los asuntos históricos de la novela y sus correspondientes fuentes historiográficas, aduce que los teatros no fueron cerrados en los años que el novelista precisa, pero esto no es un rudimentario gazapo de Otero sino una manifiesta intención suya que le permite relacionar la política con la cultura y, más específicamente, el dogmatismo revolucionario con la censura artística.

Su apelación a esa institución cultural es de naturaleza metafórica. Entre la vida, incluso la social, y la representación teatral no hay mucha diferencia parece decírnos Otero, a lo que se le suma la presencia recurrente del fragmento de Macbeth, de William Shakespeare que cataloga [la vida es como una sombra, como un cuento narrado por un idiota, lleno de estrépito y furor que nada significa] (Lisandro, Otero: 1983; p.167).

La trascendencia de la novela surge de la dimensión universal que alcanzan los propios referentes históricos que el autor recrea. Con su lectura olvidamos la Inglaterra del siglo XVII para encontrar y comprender otros contextos de similar naturaleza, y es que Otero, como Carpentier con muchas de sus obras, elaboró una teoría de la historia y de la revolución aplicable a diferentes procesos sociales. ¿Dónde está la singularidad expresiva de este autor, entonces?

No se trata de una simple voz epigonal que carente de impulso original busca en modelos creados su estilo, sino de un autor que desde su producción narrativa anterior ha venido mostrando

una esencial manera de narrar los contenidos histórico-sociales, presentándosele ahora la oportunidad de escribir una novela histórica con un tema tan interesante como es la Revolución Inglesa la cual, como el mismo Otero expresa, le sirve para propósitos y objetivos mayores, hablar de la revolución en su dimensión más ecuménica, incluso, para servirse de este marco y desde él referirse a la revolución que su país protagoniza.

La concepción de la revolución revelada por el autor de *Temporada...*, se vincula con la contradicción que se produce entre los factores objetivos y subjetivos de la historia y, especialmente, con la interferencia de la condición humana, con sus más variadas manifestaciones, en los propósitos y rumbos de los procesos históricos, haciéndolos, incluso, hasta desviarse en dirección contraria a su inicial propósito. Esta indagación sobre el lado humanista de la historia, además de probar la influencia de Carpentier, proviene de su filiación con la obra de Andrés Mareaux, uno de sus favoritos maestros.

La conducta humana ambivalente, indecisa, perturbada y hasta oportunista, había sido interpretada con peculiar acierto por el novelista desde su primera novela, *La situación*. Personajes como Dascal son una muestra del interés del autor por crear caracteres de psicología compleja. Pero, ahora, con *Temporada...* Otero puede abundar en este complejo problema situando a sus personajes en el centro de un torbellino social, tremadamente parecido al que vive su país.

El examen de la Revolución Inglesa lo conduce a la convicción de la similitud de los destinos humanos en épocas de crisis, trátese del tiempo que fuere. “Me dije:-expresaba el novelista- todo se repite ... aunque, claro está, no se repite la historia que se desarrolla no en círculo sino en espiral; se repite aquello que yo llamo “la condición humana” (Valeri Zemskov: 2002; 275).

La novela, a través de una gama de personajes históricos y de la ficción, pero sobre todo con estos últimos, exhibe las complejas manifestaciones de la condición humana en los procesos revolucionarios, trátese de las conductas honorables y sinceras sustentadas por el ideal revolucionario, como de las viles y oportunistas propias de las sombras que entorpecen las luces de la utopía. Se siente en ella la voluntad de ofrecer una interpretación de la revolución a través del aspecto subjetivo de la historia, y esta conciencia histórica se suma y le adiciona valores a la historicidad del texto, pero sobre todo, lo carga de dimensión trascendente.

Historicidad y trascendencia se fusionan en la medida que los temas históricos narrados pasan por el tratamiento social-humano propio de una sensibilidad creativa dirigida al logro de la universalidad. Bajo ese prisma e intención comunicativa, leemos la Revolución Inglesa en *Temporada...*, no lejana en sus configuraciones esenciales de las maneras y formas en que otras revoluciones se han producido, incluso, la cubana, vivida por Otero desde su gestación. Es más, ha sido la experiencia de esta revolución la que le ha permitido captar la espiritualidad de aquellos tiempos de conmoción social y espiritual.

Otros temas asociados a los males y desgracias morales que la propia revolución engendra, son asumidos por el novelista en la pintura de sus personajes y a través del discurso extraliterario-filosófico. Es así como nos encontramos con la representación o comentario sobre el radicalismo, el oportunismo político, el arribismo, la traición, etc. El público lector cubano, sobre todo, acompañó la lectura de la novela con la competencia situacional y cultural que le daban aquellos años en los cuales apareció publicada. Con su lectura se sentía que el novelista no hablaba solamente de Inglaterra, sino de Cuba contemporánea, protagonista de un acontecimiento social de semejantes regularidades. Pero esto, aunque singular en su caso, no es completamente nuevo en la novelística

histórica la que a pesar de remontarse a tiempos pasados, los asume desde una perspectiva de presente. Nuestro modo de hacer historia es propio y peculiar del presente que vivimos.

Al propio tiempo son asumidos otros asuntos asociados a los momentos que preceden y acompañan la ejecutoria revolucionaria de todos los tiempos, entorno a cuales prevalecen siempre criterios divergentes. La libertad es uno de ellos, y su tratamiento, en la novela, está asociado con la igualdad de derechos de los hombres ante dios, pues no se puede olvidar que en la Inglaterra de estos años, aparte de las ideas liberales, se propagaban con fuerza las religiosas; era una temporada de rebeldes y de ángeles, no casualmente la novela recibe ese título: *Temporada de ángeles*.

La libertad de creación artística se incluye también en las reflexiones del autor. Este aspecto recurrente en toda su obra anterior, es retomado ahora en el discurso del personaje Luciano que proclama el derecho a expresarse libremente, sin censuras, ni persecuciones humillantes, pues: “ningún hombre debe ser castigado y perseguido como herético por predicar o imprimir sus opiniones; ninguno debe sufrir multa, prisiones, mutilaciones, ni muerte por el capricho de los señores” (Lisandro Otero: 1983; 227), los que la mayor parte de las veces, según expresa otra de las voces de la novela, acaban recibiendo más los servicios de los artistas que sus críticas.

La moral, la república, la democracia, así como el progreso, la ciencia y otros metarrelatos característicos, no del siglo XVII sino del XVIII y XIX, demuestran que el novelista ha roto todas las barreras temporales para acceder a su tema con la más completa libertad creativa. Y a este desplazamiento temporal se refería Valeri Zemskov en su artículo crítico sobre la novela de Otero, cuando expresaba que: “La utopía religiosa de los diggers se formula casi en el lenguaje de los jacobinos y socialistas utópicos” (Valeri Zemskov: 2002; 279).

Con esta novela, Lisandro Otero supo ponerse a la altura de las exigencias del género y de la novelística cubana de esos años. Su sentido trascendente del tiempo histórico le permitió hablar del pasado inglés y de los contextos nacionales que acompañaron su vida literaria.

REFERÊNCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- OTERO, Lisandro. *Temporada de Ángeles*. La Habana: Editora Letras Cubanas, 1983.
- RICOEUR, Paul. *La interpretación del texto literario*. México: Editorial Siglo XXI, 1994.
- RODRÍGUEZ NÚÑEZ, Víctor. “Temporada de ángeles”. En la temporada de la Novela. En: *Acerca de Lisandro Otero* cita 3.
- MENTON, Seymour. *La novela histórica latinoamericana*. México: Editorial Siglo XXI, 1993.
- WHITE, Hayden. *Tropics of Discours*. Baltimore: Johns, Hopkins. Univ. Press, 1978.
- ZEMSKOV, Valeri. “La luz y las tinieblas de la historia”. En: *Pasión del novelista. Acerca de Lisandro Otero*. La Habana: Letras Cubanias, 2002.